



EL DISCURSO DISLOCADO

Julio E. Miranda

26 El nuevo interés por las ciencias ocultas, en su sentido más amplio, lleva ya varios años produciendo toda una serie de libros fraudulentos, junto a unos cuantos estudios serios que pudiéramos caracterizar como no partidistas. La industria cultural no ha hecho, en realidad, más que exacerbar la ya calenturienta maquinaria de gran parte del discurso ocultista. Quisiera examinar aquí algunos de estos títulos, que por su falta de seriedad contribuyen a desprestigiar un tema difícil por definición. Los elementos de real valor de las llamadas ciencias ocultas sucumben ante la explotación rápida y fácil de filones brillantes, y las polémicas arriesgan situarse en terrenos menores. Ante ciertos libros, cabe dudar a veces entre la risa y el desprecio. Pero, ya adentrados en la lectura, se descubren generalmente ciertos tópicos políticos de la peor especie, incluso explicitados, que exigen una respuesta.

Una receta para hacer oro.-

He aquí un libro que empieza bien, aunque sea de estricta obediencia. *Le trésor des alchimistes* de Jacques Sadoul, muestra la fulgurante riqueza del cofre de imágenes, símbolos y metáforas ocultistas. Este tesoro es literario, sus joyas son el producto de la imaginación humana, aplicada durante siglos a elaborar un peculiar encaje de intuiciones, anhelos, textos. Sadoul engrosa sus más de 300 páginas con el mismo material que otras tantas obras de divulgación sobre la alquimia, pero como la mayoría son intercambiables, tanto vale ésta como otra.

Incluso, Sadoul insiste en una interpretación espiritualista de la Gran Obra que es apreciable: "la Piedra

filosofal sirve únicamente para preparar la medicina universal que es el elixir de larga vida" (p. 39), y la transmutación del metal en oro es: " simplemente un ensayo practicado al final del magisterio para asegurarse de que el cuerpo obtenido era en verdad la Piedra filosofal" (pp. 39-40). El oro, pues, aunque se afirme su aparición real en el curso de las operaciones alquímicas, queda supeditado a la transformación física e intelectual del adepto. Sadoul no traspasa este límite, no llega a admitir que las etapas de la Gran Obra sean puras metáforas de una transformación que se realiza fundamentalmente en el sujeto, y para la cual las manipulaciones materiales, la cocción y la destilación, el triturar y el hervir, el recalentar y el enfriar sean meros soportes de una larga paciencia, cuando no disfraces metafóricos de operaciones exclusivamente subjetivas. Pero ya quitar el oro de en medio era algo.

El interés puede irse apaciguando al entrar en el terreno de las famosas pruebas. Muchos autores ocultistas parecen ligeramente desfasados en su frenética búsqueda de adeptos del pasado, sin darse cuenta —o sin importarles— que esto no prueba absolutamente nada. Son criterios de autoridad, de prestigio, un rosario de grandes nombres que, con muy pocas variantes, se encuentra siempre en los distintos libros: Alberto el Magno, Tomás de Aquino, Raimundo Lulio, Newton, etc. Las investigaciones ocultistas de algunos de ellos están prácticamente establecidas, en otros, se rastrean indicios mínimos, se deforman, se hinchan. Se confunde la creencia con el hecho. Los silogismos son de este tipo: santo Tomás se plantea en la Suma si el oro alquímico es válido, y afirma que sí; ergo santo Tomás vio a san Alberto fabricar oro alquímico; ergo la alquimea es válida. El dato inicial es que Tomás de Aquino trata el asunto en la Suma, y lo único que prueba es que él parece creer en la posibilidad de realizarlo. El fraude es tan burdo, y se repite tantas veces, que acabaría por destruir incluso los problemas efectivamente no resueltos aún, que sugieren bajo el ropaje metafórico de la alquimia ciertas verdades científicas no verificadas todavía experimentalmente.

Otras pruebas son literalmente carnavalescas: alguien que vio en casa de un amigo a un individuo vestido a

la moda del siglo XVII; naturalmente, se trata de un viajero por el tiempo, de un adepto inmortalizado por la Gran Obra. A estas alturas, uno puede preguntarse cómo lo que empezó siendo un planteamiento interesante se ha convertido en una farsa. O bien el principio era un relleno. Lo mismo ocurre con los fascinantes personajes históricos que han sido, efectivamente, los alquimistas, desde los pobres frustrados que se pasaron toda la vida buscando la Piedra filosofal, hasta los que volaron por los aires en algunas de las operaciones, sin olvidar a los perseguidos por toda Europa, encarcelados, torturados, ejecutados. La Gran Obra es, rigurosamente, una novela sensacional. Paracelso, Saint-Germain, Cagliostro, Fulcanelli merecerían biografías abigarradas; ya hay algunas. Pero lo novelesco se conforma mal, cuando se lo quiere someter al molde de las pruebas. El enigmático Saint-Germain es la figura más socorrida. Podría discutirse minuciosa y prosaicamente cada una de las convicciones que se pretende basar en tal y cual dato. Entiéndaseme: no tengo el menor reparo en admitir que el conde haya vivido cien, ciento cincuenta o doscientos años, aunque ya es más difícil identificarlo con el individuo que se presentó hace poco, pretendiéndose Saint-Germain, en la televisión francesa. Claro que esto no tiene nada que ver con lo otro. Pero el dato, establecido, de que nadie haya visto nunca comer o beber a Saint-Germain —siempre fuera de su casa, ya que él no invitaba a nadie— sólo prueba que, de hecho, nadie vio nunca comer o beber a Saint-Germain, es decir, un gran autocontrol, una estupenda vigilancia en el cumplimiento del soberbio rol histórico que el personaje se había fijado, y que admiramos: es una obra de arte. ¿Pero cómo no se le ocurre nunca, a uno de estos maniáticos detectives de las ciencias ocultas, que Saint-Germain podía alimentarse en su casa? Amontonando minucias de este tipo transcurre el libro. Pero la acumulación de frivolidades no suele fortalecer —o al menos, no debería— el peso de una investigación.

Seamos clementes, si damos el tema por perdido; no si nos interesa mínimamente. De todos modos, no hemos llegado a lo peor. El discurso dislocado va a convertirse ahora en recetario, en digesto, canalizándose con el aspecto de una lógica experimental. Se

nos va a enseñar cómo realizar la Gran Obra. La pretendida transformación espiritual se fue a pique hace muchas páginas. Estamos en el equivalente ocultista de "Mecánica popular", con una diferencia; la alquimia es sólo para millonarios, Sadoul lo confiesa. Montar un laboratorio cuesta caro. Tampoco es de lamentar: esto es una especie de filtro, una selección. No voy a copiar la receta. Sospecho, además, que la verdadera receta es escribir un libro como éste.

Y llegamos a la conclusión. Aquí, el tufo irracionalista, la proclividad reaccionaria que sentimos, tantas veces, en obras así, e incluso en algunas que se presentan como abriendo inmensas puertas hacia el futuro, nos abofetean con una claridad —y con una mezquindad— inigualables. Finalmente, sólo se trataba de esto; otra vez de esto: la alquimia es la alternativa a "la civilización materialista, mecánica y atea que es la nuestra" (p. 361). Corre un escalofrío de pánico burgués por el teclado del autor, y el ocultismo, este ocultismo, parece reducirse a una pobre historia. No hay otra salida; las técnicas de concentración mental del Oriente tampoco sirven, por "inadaptadas (mal adaptadas sería la traducción literal) a nuestra forma de espíritu". En las últimas líneas, Sadoul, piadosamente, sugiere una segunda posibilidad, para los que no sean millonarios, y nos deja frente a dos puertas descascaradas: "la oración o la Gran Obra" (p. 361). Pues.

De nuevo las catedrales.-

Los problemas no resueltos de la arquitectura gótica van constituyendo un capítulo aparte del discurso dislocado. Fulcanelli, posiblemente, ya culminó la mayoría de las posibilidades —o al menos las más ricas— de cierto interpretacionismo sugestivo, que intuye, establece y fantasea casi a partes iguales. Los discípulos siguen, y cada uno trata de meter lo más posible en cada libro. No siempre felizmente. Es lo que pasa con *Les mystères de la cathédrale de Chartres*² de Louis Charpentier. El punto de partida es invariable: "el misterio del gótico", su aparición súbita, su rápido apogeo, la seguridad de sus medidas, la masa de constructores guiada por unos maestros sabios. Bien. No soy un experto, y admito en principio la cantidad de

enigmas que va planteando Charpentier punto por punto, aunque me parece que borra demasiado las pistas anteriores al gótico. El asunto, como la posibilidad —o no— de una transmutación de la materia no obtenida por medios atómicos, escapa a la discusión general de este trabajo —y, personalmente, también me escapa.

Más rica es la presentación de Chartres como centro privilegiado de peregrinaciones tradicionales que se remontan al druidismo celta; un Chartres iniciático, lugar donde el Espíritu penetra la materia según el ritmo de las estaciones. Las pulsaciones de las corrientes de la naturaleza, *wouivre*/serpiente/ río que serpentea/ ondulaciones/ corrientes telúricas, y serpientes aladas de las corrientes cósmicas. Estamos en lo inverificable, pero la elaboración que hace Charpentier es sabrosa, cuando no se pierde en la descomposición de palabras. La etimología, decididamente, sirve para demasiadas cosas. Sin embargo, el juego no es despreciable, desde el punto de vista de la literatura: Belen/ Bélier/ Belisama/ Beauce/ Béliard, o Gargantuata: tribu de las piedras gigantes. Todo lleva a Chartres, pero podía llevar a muchos lugares. Charpentier cita a Maurice Leblanc, el creador de Arsenio Lupin, y efectivamente estamos en el inagotable dominio de las interpretaciones lupinescas. Dejémoslo. En esto, las aventuras de Lupin son preferibles.

Naturalmente, llegamos a los megalitos, que la catedral gótica reproduce. Charpentier interpreta como física la acción del dolmen: “Es, a la vez, un acumulador y un amplificador de vibraciones. Y el valor de la onda telúrica adquiere, en la cámara dolménica, toda su potencia, porque desemboca en una caja de resonancia” (p. 48). Tocamos, casi, el curso de “Mecánica popular”. Pero, y aquí viene la catástrofe, la acción física va a ser trasladada ahora al dominio de la historia, que es en realidad el objetivo al que apuntan muchos de estos libros. Más allá de los devaneos interpretativos, a lo que se tiende es a una relectura de la historia, lamentablemente reductora. Así como el enigma arquitectónico, pictórico o literario va a doblarse, bajo el interpretacionismo delirante y empedregador de ciertos autores, a un elemento, a una clave, únicos, omnisuficientes, la historia se somete a

la explicación. La tentación del sistema es invencible en ellos. Y la posibilidad metafórica revienta, aplicada como realidad inmediata: “Es de la ogiva que data la toma de conciencia individual del hombre, reducido antes en la servidumbre más completa por la “raza de los señores”. Es de la ogiva que data la comuna” (p. 49).

La catedral gótica es, entonces, una amplificación genial del dolmen; una gran máquina que produce transformaciones; una especie de alquimia sociológica, que Charpentier canta con lirismo:

Como en el dolmen, el edificio tiene contacto de agua con su pozo que existe, originalmente, al nivel del coro de cada catedral.

Pero la catedral va más lejos. Se eleva en el aire. Se zambulle —y la hacen muy alta para eso— en las corrientes aéreas, en las lluvias del cielo, en las tormentas de la atmósfera, en las grandes corrientes cósmicas.

Recoge la luz, y la absorbe, y la transforma... ¡De tierra, de agua, de aire y de fuego!

¿Qué atbanor ha sido nunca más completo para realizar la más bella de las alquimias humanas?

Pues se trata de alquimia. Se trata de transmutación, no de metal, sino de hombre. De hombre que se quiere conducir hacia un estadio superior de humanidad (p. 58).

Tómese, según los gustos, como literatura fantástica, como mística, como ciencia marginal o inverificable. Charpentier pasa, de hecho, de lo uno a lo otro, multiplicando incluso los esquemas geométricos y los cálculos. Ahora estamos en la sorprendente química de los vitrales; luego en la electricidad del Arca de la Alianza, de ahí vamos al Cantar de los Cantares o a la gesta de Guyot de Provins. La noción fundamental de todo esto es, de nuevo, alquímica, y ofrece otra interpretación de ella: “La alquimia, se sabe, es el arte —y

la ciencia— de recoger, fijar y concentrar la corriente vital que baña los mundos y es responsable de toda vida. La concentración que logran obtener los Adeptos, y que fijan sobre un soporte, es lo que llaman la Piedra filosofal. Esta piedra, por su concentración, actúa muy fuertemente y permite al Adepto realizar, sobre todas las cosas, una evolución que exigiría largos siglos, cuando no milenios, a la naturaleza para realizarla, sobre todo —y ésta es la prueba de la piedra— cambiando en plata o en oro los metales viles. Pero esta corriente vital —el *Spiritus Mundi* de los Alquimistas, el Espíritu del Mundo— actúa sin cesar sobre todas las cosas que hace evolucionar, incluido el hombre” (pp. 149-150).

Una visión a agregar a la de Sadoul, pero en la que también el oro es un simple examen que ha de pasar la piedra filosofal. En lo que respecta a las catedrales, la interpretación continúa con una rica teoría de las masas o de las vías de acceso a la mutación: la redonda, la cuadrada y la rectangular, correspondiendo a la intuición, la inteligencia y la mística. La catedral reproduce, en su esquema, un camino que incluye estas tres mesas. Y es aquí donde Charpentier se hace absolutamente convincente, por la sencilla razón de que abandona el fárrago de las fórmulas, la maquinita de los juicios previos, y constata el hecho, reflexionando sobre él sin tomar impulso en las interpolaciones de ocultista ortodoxo. Veamos, por ejemplo, su interpretación de la mesa redonda:

La mesa redonda se ha manifestado muy pronto en la historia de la humanidad. Los Cromlechs, los Corros-de-Hadas son mesas redondas. Se la vuelve a encontrar en la representación de la cruz céltica, que está rodeada de un círculo. Utilitariamente, y dado que se encuentra siempre situada sobre ciertas emergencias de corrientes telúricas, aparece como una pista de danzas rituales que se hacían en rondas y que eran un medio de concordancia con los ritmos naturales.

Según parece, la ronda, comenzada en los límites del círculo, lo más alejado del centro, debía, para algunos, acercarse poco a poco a ese centro, a me-

didá que los ritmos penetraban al hombre y lo liberaban de una molesta personalidad. En ciertos Corros-de-Hadas que fueron pistas de danzas, encontramos también tres pistas concéntricas. Parece probable que, para el danzante llegado a una especie de delirio sagrado, el baile debía terminarse por su giro en el centro.

De cierta manera, el danzante remontaba los ciclos naturales hasta su origen donde, más inconsciente que consciente, podía entrar en contacto directo con ese origen.

Se puede ir más lejos. El hombre que gira se evade del espacio. Pero evadirse del espacio es igualmente evadirse del tiempo. Es lícito preguntarse hasta qué punto el hombre que gira en ciertas condiciones no se hace visionario (pp. 151-152).

Efectivamente. Charpentier puede evocar las danzas proféticas de las druidesas, a David ante el Arca, a los derviches giratorios. Pero estamos frente a las figuras que recorren, como signos hipnóticos, la historia del simbolismo humano. Por más que el autor lo intente —y seguirlo sería fastidioso—, el discurso se queda del lado de acá del “misterio”, es decir, lo explica con elementos psicológicos, antropológicos, históricos, y de una física no por inagotada menos razonable. A esto no le hacían falta las pruebas ocultistas que se deslizan a lo largo de las páginas, y que acuden a los mismos trucos patéticos que en el libro de Sadoul.

Examinemos rápidamente una sola de las líneas de pruebas, porque permitirá el paso al tema final. Charpentier ha acudido con frecuencia a los templarios, verosíblemente relacionados con el gótico. Sin embargo, al pretender establecer una especie de estructura de pruebas recíprocas, pierde pie y se hunde en la frivolidad fraudulenta: el “misterio” de las catedrales prueba el “misterio” de los templarios, y viceversa. Los segundos son el instrumento de la primera; la primera es obra de los segundos. ¿De dónde podían salir los capitales para elevar las catedrales? Del Templo. ¿y de dónde podían obtener los templarios tanto

capital? De la alquimia, quizás. Y si no, de las minas mexicanas de plata, ya que, como afirma con perfecta seriedad Charpentier, nada prueba que los templarios no hubiesen descubierto América....Además Colón pudo haber sido el heredero del saber del Templo. Etc.

Exceptuando lo de las minas mexicanas, el resto de las demás pruebas no es ni siquiera exclusivo de Charpentier. Leyendo un par de docenas de este tipo de libros, podrán encontrarse retomados ciertos argumentos, que ligeramente maquillados se articulan en las más diversas demostraciones. Pero los templarios sirven al autor para sostener un elogio muy insistente, que es el trasfondo de todo este sistema místico: elogio del orden y de la estratificación social, del capitalismo y, naturalmente, de los monjes-soldados de la orden del Templo. Ya hablando de la mesa cuadrada, la del conocimiento intelectual, decía Charpentier: "Si se me permite llevar más lejos el análisis, yo diría que la mesa cuadrada no es una mesa de vida, sino una mesa de organización, pero supone un conocimiento real de la materia. Según los antiguos, la mejor organización posible de la sociedad se construía sobre ese esquema cuadrado que dividía a los hombres en categorías, que eran más bien castas: el Campesino que alimenta, el Soldado que defiende, el Artesano que transforma y el Comerciante que distribuye; los escalones, en cada casta, formando la pirámide de tres pisos: aprendiz, obrero y maestro que culmina, en la cima, en una Aristocracia, la verdadera, la del Sabio en su casta" (pp. 153-154).

Ahora, con los templarios, y abandonando alegremente el rigor histórico —por ejemplo, afirma que, al contrario de lombardos y judíos, los templarios "prestaban seguramente a una tasa razonable", lo que es simplemente falso—, nos propone un ideal muy preciso: "Ellos (los templarios) crearon, pues, apoyados en su Orden, sin recurrir a los reyes ni a los obispos, a los señores ni a los cuerpos constituidos, todo un sistema de economía política que, de haber podido continuarlo, hubiera podido llevar al Occidente a un grado extremo de civilización y de bienestar" (pp. 201-202) y: "Es un hecho que su sistema económico, del que no hemos vuelto a descubrir las virtudes sino desde hace poco, ha sido el hacer circular el dinero lo

más fácil y rápidamente posible, creando incluso un banco para ayudar a esta circulación" (p. 209), lo que daba un fruto indiscutible: "Era provocar el enriquecimiento de todas las clases de la sociedad".

Esta absurda idealización de los templarios, orden interesante si las hay, y realmente al origen de la economía bancaria, es un desvío bastante ingenuo para proponer, en suma, un liberalismo económico y una estricta estratificación política. Una especie de capitalismo militarizado cuyas equivalencias actuales podrían ser, quizás, Brasil o Grecia. Si esta es la etapa superior de la humanidad, prometida por el misterio de las catedrales, abandonemos la iniciación.

Suma y sigue.-

Sadoul y Charpentier no son casos únicos. De los libros que tengo a mano, y cuyo comentario haré en otro trabajo, podría citarse *L'Atlantide et le regne des géants*³ de Denis Saurat, un triste show racista en 180 páginas, *Le livre du mystérieux inconnu*⁴ de Robert Charroux, prácticamente dictado a su autor por "los Superiores Desconocidos", etc. Naturalmente, no todo en ellos es fraude y frivolidad. Hay atisbos, intuiciones, desarrollos incluso de gran interés. Pero se diría que, en el discurso ocultista, sigue primando una inercia que canaliza el pensamiento por vías reaccionarias. ¿Es una fatalidad, o un accidente? ¿Un lastre histórico o una necesidad? Habría que atender a ciertos intentos marginales, propiamente anarquistas como el de André Nataf en su *La Révolution Anarchiste*⁵, para elucidar el problema seriamente. Yo prefiero caracterizarlo, provisionalmente, como un discurso dislocado y, por lo tanto, redimible.

¹ *Le trésor des alchimistes*, Jacques Sadoul. Ed. J'ai Lu, París, 1970.

² *Les mystères de la cathédrale de Chartres*, Louis Charpentier. Ed. Robert Laffont, París, 1970.

³ *L'Atlantide et le regne des géants*, Denis Saurat. Ed. J'ai Lu, París, 1968.

⁴ *Le livre du mystérieux inconnu*, Robert Charroux. Ed. Robert Laffont, París, 1969.

⁵ *La Révolution Anarchiste*, André Nataf. Ed. André Balland, París, 1968.